

1. Moras y espinas

Emily tan solo contaba con cinco años cuando su padre decidió partir hacia la guerra. Ahora, con el doble de edad, esperaba con impaciencia a que descendiera del carruaje que había detenido junto a la puerta.

Apenas albergaba algún recuerdo en su memoria, algún rasgo de su personalidad. No sabía si tenía la manía de hablar con la boca llena, o si compartía con ella su gusto por el beicon frito. Cuántas veces había fantaseado, observando un retrato suyo, con compartir agradables paseos juntos, mantener una agradable conversación sobre historias pasadas, o que le enseñara a patinar sobre el lago helado. Tener algo que recordar de él, sus propios recuerdos y no los heredados de otras personas.

—Puedes estarte quieta —le recriminó su abuela.

Emily no era capaz de mantener los pies parados, y Camile comenzaba también a ponerse nerviosa.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó la niña con el ceño fruncido.

—Yo también estaría avergonzada si hubiera dejado a esta pobre criatura, sola y desamparada. ¡Cómo se le ocurre! —respondió.

—No seas melodramática, Camile. Nosotros hemos estado a su lado y nunca le ha faltado de nada, pero ahora necesita a

su padre. Así que guarda tus reproches para otra ocasión —le aconsejó su marido reprochándole su actitud.

—¿Me pides que me quede callada como si nada hubiera sucedido? No, Charles. No pienso hacerlo.

—Por favor, abuela. Se lo ruego, hágalo, aunque sea por mí —dijo, poniéndole cara de pena.

Camile nunca aceptó de buen grado la boda de su hija con Fredrick. Poderosos políticos, acaudalados banqueros e importantes empresarios habían luchado por su mano. Pero ella optó por casarse con un inglés, de noble apellido, sin un centavo en los bolsillos. De nada le sirvieron los castigos, las discusiones acaloradas o las amenazas con desheredarla. Al final tuvo que aceptar los caprichos de su hija. Fredrick había conseguido, con los años y tras muchos esfuerzos, ganarse el respeto y la confianza de los Ragsdale, pero su precipitada marcha había tirado por tierra todo lo conseguido.

—De acuerdo, no diré una sola palabra. Pero cuando las aguas vuelvan a su cauce, tendré unas palabras con él. ¡Vaya si las tendré! —dijo, amenazante, levantando el dedo.

La puerta del carruaje se abrió. El Fredrick que descendió, ojeroso y cansado, no era el mismo hombre fornido, pulcro y elegante que había partido hacía cinco inviernos. Con una visible cojera, avanzó con paso lento hasta la puerta donde su familia esperaba asombrada. Durante un breve lapso, nadie se decidió a dar el primer paso o a articular una palabra. Solo se miraban unos a otros, como si fueran auténticos desconocidos. Por fin, Emily decidió soltarse de los brazos de su abuela, y corrió al encuentro de su padre. Ambos se fundieron en un cálido abrazo.

—No sabes cuánto te he echado de menos, pequeña —confesó Fredrick, apretándola entre sus brazos—. Espero puedas perdonarme algún día.

—No hay nada que perdonar, padre —dijo la niña, emocionada.

No le guardaba ningún rencor. Solo quería comenzar de cero, como si nunca se hubiera ido.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Fredrick. Había esperado tanto tiempo para volver a oír aquella sencilla palabra de boca de su hija que no pudo evitarlo. Se secó las gotas que le escurrían por la mejilla con las mangas raídas de su chaqueta y se puso en pie emitiendo un quejido de dolor.

—Cómo has crecido, te has vuelto toda una mujercita —dijo orgulloso, echándole un vistazo.

—Pues usted está hecho un asco —dijo Emily en tono burlesco.

Su padre soltó una sonora carcajada.

—Me gusta tu sinceridad, me recuerdas tanto a tu madre... Sé que tienes muchas preguntas que hacerme. Te prometo que te contestaré a cada una de ellas en cuanto me recupere del viaje, necesito descansar.

Emily no puso pega alguna. Si había esperado durante tantos años, ¿qué eran unos pocos días más?

Durante unos meses, Fredrick permaneció en casa de sus suegros. Se sentía cómodo en la lujosa habitación de los invitados de los Ragsdale. Pero las continuas visitas comenzaron a importunar a la anfitriona. Así que, cuando sus heridas cicatrizaron y su hija dejó de mirarle como si fuera un extraño, tomó la decisión de regresar a su casa.

Charles compró Mulberry cuando su hija, Marie, apenas era un bebé, y fue su regalo de bodas cuando ella se casó con Fredrick. Estaba situada en Jamaica Plains, lejos del bullicio y del humo de las fábricas; un terreno de unas diez hectáreas con un bonito jardín. Gregory Adie —un concienzudo y terco irlandés— y su hijo se preocupaban de que presentara un aspecto impecable. Era el lugar ideal para pasear en las tardes veraniegas o en el que esconderse entre el manto de ocres y marrones

durante los largos otoños. Incluso albergaba un intrincado laberinto hecho de setos frondosos y bien recortados. Si uno era capaz de transitar entre sus verdes paredes vegetales sin perderse, se encontraría con una imponente escultura de piedra.

Sobre la colina, con una vista privilegiada, se encontraba la vivienda de estilo neogótico, obra de un reputado arquitecto local. No era tan lujosa como la de sus abuelos, pero igual de bonita y acogedora. Numerosos objetos antiguos, y de gran valor histórico se hallaban desperdigados por sus rincones: desde arcaicos relojes, pasando por máscaras funerarias egipcias, cuadros renacentistas, objetos celtas... ¡parecía un auténtico museo! Fredrick sentía predilección por las antigüedades. De sus continuos viajes alrededor del mundo se había traído multitud de historias y objetos consigo. Allí, en su paraíso terrenal, compartió los mejores momentos de su vida junto a su esposa. Pero un terrible suceso cambió su vida para siempre.

Emily paseaba junto a su padre por el jardín, con el invierno anunciando su llegada. Aprovechaba cualquier oportunidad para estar con él, ya que Fredrick pasaba la mayor parte del tiempo trabajando, y apenas habían tenido tiempo para estar juntos. El trabajo en la fábrica textil mantenía su cabeza ocupada y alejaba su mente de los malos recuerdos de la guerra. En cambio, ella evitaba hablar siempre de ese tema y se interesaba en los asuntos más personales.

—Esta pierna me está matando —se quejó, tocándose el muslo—. ¿Te parece bien si descansamos un rato?

Se sentaron en un banco cercano, junto al lago, el lugar preferido de su hija. Cuando algo le atormentaba, Emily permanecía allí observando las aguas, aunque fuera desde la lejanía. Tenía prohibido acercarse a la orilla, pues no sabía nadar.

—Tu madre y yo solíamos sentarnos aquí y admirar la puesta de Sol.

Ves aquel edificio —dijo, señalando la deteriorada cons-

trucción de madera cercana al embarcadero—. Cuando éramos jóvenes nos habituamos a escondernos allí, era nuestro lugar secreto. No teníamos otra manera de vernos sin que nadie nos molestara. Incluso tuve que cruzar algunas veces el lago a nado... ¡No veas lo helada que estaba el agua en otoño!

Emily conocía su historia de amor. Había encontrado las apasionadas cartas que Fredrick le dejaba a su esposa en una caja escondida bajo el suelo carcomido.

—¿Cómo era? Apenas la recuerdo —confesó, entristecida.

—No he conocido a una mujer igual —dijo con la vista perdida en el horizonte—. Valiente, sincera y muy guapa... como tú. —Le acarició el pelo—. Tu madre siempre tuvo muchos pretendientes, ¿sabes? Pero al final me escogió a mí. —Esbozó una sonrisa y luego miró al suelo—. Te quería mucho, Emily. No sabes hasta qué punto —le rebeló contemplándola con los ojos vidriosos—. Veo que aún llevas el colgante que te regaló.

—¿Por eso te fuiste?

No podía esperar más para preguntarle por qué había estado tantos años lejos de ella, negándole su cariño, justo en el momento en el que más le necesitaba.

—Es complicado. Perder a tu madre me dejó destrozado, pero jamás te hubiera abandonado de esa manera.

—Entonces ¿cuál fue la razón? ¿Te avergonzabas de mí? No soportaste la idea de no tener una hija normal —confesó, cabizbaja.

—¡Normal! ¿Qué tontería es esa? —preguntó, sorprendido.

—¿Nunca has sentido vergüenza de mi aspecto?

—Jamás —dijo con rotundidad—. Me encanta tu preciosa melena blanca, te hace un ser muy especial. Eres especial, no lo olvides nunca.

Cuando contaba con cuatro años, Emily comenzó a experimentar un cambio inesperado, uno sin explicación aparente.

Su pelo, antes de color negro azabache, fue tornándose hacia tonos grises hasta quedar completamente blanco. La noticia de la niña de cabellos blancos corrió como la pólvora —incluso fue publicada por el *Boston Post*— y muchos médicos quisieron acercarse hasta West Roxbury. Ninguno logró dar con una posible solución, y solo se dedicaban a emitir cualquier tipo de conjeturas que se les pasara por sus ilustres cabezas. En aquella época se sentía como un monstruo, como un exótico animal de circo. A pesar de los esfuerzos de sus padres por poner remedio a la situación, se consideraba un ser extraño. Después de un tiempo, todo volvió a su cauce y, como pasa con las modas, dejó de ser de interés para la gente. Emily usaba un gorro para ocultar su cabellera blanca y siempre llevaba el pelo lo suficientemente corto para poder ocultarlo en su interior. Cuando paseaba por las calles, los niños la miraban como si aquejara una enfermedad contagiosa y le señalaban con el dedo escondiéndose tras sus padres.

—Vamos, comienza a hacer frío —dijo Fredrick—. Entremos en casa, Rosie nos preparará un buen chocolate caliente. Por cierto, ¿te gustan los acertijos?